

vincia de los ataques de sus enemigos y dar una lección á las tropas de Moctezuma, se propuso salir á castigar á los contrarios; pero antes de hacerlo, trató de hacer concebir á sus aliados la idea mas ventajosa del poder del menos apto de sus compañeros. Sabiendo lo mucho que influiría en el ánimo de los cempoaltecas hacerles formar una idea aun mas palpitante del temor que se tenia á los españoles, quiso hacerles ver que un solo castellano era suficiente para defenderles contra el poder de un numeroso ejército azteca. Concebido el pensamiento, llamó á un soldado viejo, vizcaino, llamado Heredia, para que acompañase al ejército del cacique y le diese la victoria contra sus enemigos. El señor de Cempoala y sus capitanes se miraron asombrados, como dudando de que las palabras de Cortés fuesen pronunciadas de veras; pero la seriedad del jefe español les persuadió de que no fingía. El soldado escogido á propósito por Cortés para dar mas alta idea de lo que valdrian los demás, no podia ser mas extraño. A lo viejo, reunia Heredia otros defectos físicos que le singularizaban; era de barba grande, de fisonomía severa, cojo y tuerto, y su rostro se hallaba señalado por una gran cicatriz debida á una cuchillada recibida en las guerras de Italia. Cortés le instruyó de lo que debía hacer, y le encargó que en un punto determinado se detuviese á disparar tiros al aire, á donde irían á alcanzarle á su debido tiempo.

Heredia salió con el cacique y sus tropas, armado de su arcabuz y de su espada. Durante el camino fué disparando con su arcabuz atronadores tiros, cumpliendo exactamente las órdenes que habia recibido, y logrando impri-

mir en el ánimo de los cempoaltecas una idea elevada de sus huéspedes. Cuando Cortés calculó que se habia conseguido el objeto deseado, despachó un mensajero al cacique de Cempoala, diciéndole que le esperase en su ciudad, pues queria tener el gusto de ir él mismo, con todo su ejército, á castigar á sus contrarios.

La noticia llenó de regocijo al jefe cempoalteca, pues si con un solo español auxiliar bastaba para alcanzar el triunfo, era seguro el total exterminio de los enemigos, marchando á la cabeza de todos su experto general.

Estos golpes, perfectamente preparados por Cortés, debidos á las observaciones que hacia del carácter y de las preocupaciones de los pueblos, producian efectos maravillosos en el ánimo de sus contrarios y de sus amigos.

A los pocos instantes de haber enviado el mensaje anunciando que le esperasen en la ciudad en que residia el señor de la provincia, salió con cuatrocientos soldados y su reducido escuadron de caballería. La noche la pasó el corto ejército en Cempoala, donde el cacique, contento de la determinacion del jefe español, le obsequió cumplidamente.

Como interesado en la campaña que se iba á emprender, manifestó á Cortés que tenia dispuestos dos mil guerreros para que le ayudasen en sus operaciones. Con efecto, al siguiente dia se emprendió la jornada con las fuerzas castellanas y cempoaltecas, marchando éstas á la retaguardia. El pueblo de Cingapacinga distaba de Cempoala nueve leguas. Sus habitantes, al saber que iban contra ellos los españoles, se llenaron de aflicción y de terror. El país era montuoso, de difícil paso y pinto-



resco. El ejército aliado penetró en él sin encontrar oposición, y los cempoaltecas se derramaron por las estancias abandonadas, anhelantes de botín, mientras los españoles subían hácia el pueblo que estaba situado en una imponente elevación entre riscos y peñascos.

Cuando Cortés avanzaba con las precauciones que la prudencia dicta al aproximarse á una plaza enemiga, se encontró con un espectáculo inesperado. En vez de los formidables batallones de guerreros que esperaba encontrar disputándole la entrada de la ciudad, vió salir por sus puertas, llenos de aflicción y haciendo señales de paz, ocho indios principales, acompañados de varios sacerdotes de su religión. El jefe español, al verles acercarse, se adelantó á recibirles para escuchar su embajada. La benévola acogida animó á los enviados; y tomando la palabra el que hacía cabeza entre ellos, manifestó á Cortés que sentían verse amenazados por personas que á todos favorecían, y hácia las cuales, lejos de sentir odio, les querían y respetaban. Añadió que habían sido los primeros que confiados en ser protegidos como los de Cempoala, obligaron á salir de sus tierras á los encargados de cobrar el tributo para Moctezuma, y que ignoraban el motivo que habían dado para que se intentase hacerles daño por los mismos que á los demás pueblos protegían y amparaban. Después de expresar la buena voluntad que hácia los protectores extranjeros tenían los habitantes de Cingapacinga, hizo saber á Cortés que el cacique de Cempoala y sus guerreros se manifestaban constantemente sus contrarios, por antiguas rencillas que existían entre ambos pueblos, por motivo de lindes de terreno. El embajador ter-

minó su discurso pidiendo favor y protestando que eran amigos de los españoles.

Enterado Hernán Cortés por Marina y Gerónimo de Aguilar de lo expuesto por el enviado, comprendió que de parte del cacique de Cempoala existía un deseo de ruin venganza contra sus vecinos, y ordenó á Pedro de Alvarado y al maestro de campo Cristóbal de Olid, que fuesen á detener en su marcha á los aliados, mandando que no pasasen adelante.

Las palabras dichas por el embajador eran la verdad. Con efecto, el cacique de Cempoala, abusando de las ventajas que le daba la alianza con los españoles para vengar antiguos agravios contra sus vecinos, se había propuesto destruirles y despojarles de una parte de sus terrenos. Por fortuna se acababa de averiguar lo cierto, y Cortés se propuso dejar amigos á dos pueblos hasta entonces rivales.

Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid llegaron inmediatamente á dar alcance á los cempoaltecas, á quienes encontraron saqueando las casas de los pueblecitos inmediatos á Cingapacinga, y dueños de muchos indios de ambos sexos que habían hecho cautivos. Cortés, indignado al saber los actos de vandalismo cometidos por sus aliados, mandó comparecer al cacique y capitanes de Cempoala, que llegaron inmediatamente. El jefe español les reprendió ágríamente por haberle ocultado la verdad de los hechos, y les echó en cara el que se hubiesen apoderado de los bienes de los que no habían opuesto resistencia ninguna. Les dijo que su rey le había enviado para evitar que se cometiesen actos de barbarie, y que los que anhelasen ser vasallos del soberano de España, tenían que renunciar al



robo y al pillaje. En seguida mandó que se pusiesen en libertad á las indias y á los indios cautivos; que se devolviesen á sus dueños los objetos robados, y que nadie, en lo sucesivo, se apoderase de la hacienda ajena, si no queria pagar su desobediencia con un severo castigo.

El cacique de Cempoala y sus capitanes se disculparon de lo hecho, prometiendo acatar la voluntad del rey de España. Cortés entonces, tomando un acento mas dulce, les ordenó que permaneciesen en un punto fuera de la ciudad, sin hacer daño á nadie, y él, con su gente, se dirigió á Cingapacinga, donde fué recibido como el libertador del pueblo. La noticia del acto de justicia practicado voló con la velocidad del rayo por todos los contornos, y pronto se llenó la ciudad de caciques y nobles de otros pueblos que acudian espontáneamente á declararse vasallos del rey de España.

Contento Hernan Cortés de la adhesion de las nuevas poblaciones, trató de reconciliar á los cempoaltecos con los habitantes de Cingapacinga, y para conseguirlo hizo que se presentase en la ciudad el cacique de Cempoala con sus nobles y capitanes. Reunidos allí todos, tomó la palabra, pintando los brillantes resultados que produciria á las dos poblaciones la terminacion de antiguas rencillas, y el placer que al monarca español, lo mismo que á él, le proporcionarían, prometiéndose constante y sincera amistad, como vasallos de un mismo soberano.

La proposicion de Cortés fué aceptada por ambas partes, y aquellos dos pueblos que hasta entonces se habian hecho la guerra terriblemente, quedaron reconciliados y amigos. Los caciques y los nobles de las dos poblaciones,

se estrecharon la mano en señal de alianza y fraternidad, y la paz asentó sus reales donde poco antes imperaba la arbitrariedad y la guerra.

Hernan Cortés, satisfecho de haber dado al rey de España nuevos y leales vasallos, emprendió su vuelta hácia la Villa Rica de la Veracruz, marchando por pueblos pertenecientes al señor de Cingapacinga, mientras el cacique de Cempoala, con sus guerreros, se dirigia á su ciudad por el camino que habian llevado.

Cortés manda ahorcar á un soldado español por haber robado dos gallinas á un indio. Cortés habia dado orden de que se guardasen toda clase de consideraciones con los naturales del país, que no se les ofendiese en lo mas mínimo y que no se tocase á ningun objeto que formase su hacienda. Por desgracia, un soldado llamado Morla, violó las órdenes del jefe español, creyendo que el hecho mereceria, cuando mas, una ágría reprension. Habia llegado el ejército, lleno de fatiga, á un pueblecito amigo del cacique de Cingapacinga. El soldado Morla, viendo en una casa de indios algunas gallinas, se apoderó de dos de ellas. Cortés, viendo violadas sus disposiciones, pues el hecho se habia verificado á su vista, y conociendo los funestos resultados que podria producir entre los aliados y los suyos la impunidad de la infraccion de una orden que juzgaba conveniente para atraerse el aprecio de los pueblos, mandó que se le ahorcase de un árbol que se hallaba á un lado del camino, haciendo que el ejército presenciase la ejecucion. Cuando el miserable delincuente luchaba con las ansias de la muerte, tuvo la fortuna de que Pedro de Alvarado, que se hallaba junto á Hernan Cortés, cortase de un sablazo la soga de que



pendia el cuerpo, y que cayese á tierra cuando aun conservaba algunos restos de vida.

Este hecho prueba lo celoso que el jefe español era de mantener la disciplina entre sus soldados, disciplina sin la cual hubiera sido imposible dar un paso fructuoso para conquistar la simpatía de los pueblos. El soldado logró vivir merced al favor de Alvarado, y nunca volvió á faltar á las disposiciones dictadas por sus superiores.

El cacique de Cempoala presenta á Cortés ocho hijas de nobles para que las dé á sus oficiales por mujeres. Cortés lo rehusa.

Cortés llegó á Cempoala, donde el cacique le recibió con las demostraciones del mas alto respeto, manifestándole su arrepentimiento por haberle ocultado que el deseo de vengarse de los habitantes de Cingapacinga, sus antiguos rivales, le habia hecho faltar á la verdad. El jefe español escuchó lleno de afabilidad su disculpa, y le aseguró que daba al olvido su engaño, pues no dudaba que en lo sucesivo obraria como correspondia á su elevado carácter. El cacique, lleno de gratitud y deseando borrar del todo su pasada falta con pruebas de sincera amistad, presentó á Cortés ocho doncellas indias, que ostentaban ricos collares de oro en sus gargantas y valiosos pendientes en sus orejas. Eran todas hijas de caciques, y entre ellas se contaba una sobrina suya, que era señora de pueblos y vasallos, pero de la cual estaba alejada la hermosura, si hemos de creer al sincero Bernal Diaz, que asegura que «era muy fea». Iban acompañadas de las correspondientes esclavas para su servicio, y vestidas con el traje de las damas nobles. El cacique de Cempoala ofreció las jóvenes á Cortés para que las repartiese entre sus principales oficiales, destinando para él su

sobrina. Con esta dádiva trataba de dar la prueba mas inequívoca de adhesión hácia los españoles, pues solo se daban las hijas á los hombres con quienes se trataba de vivir en estrecha amistad. El jefe español recibió á las jóvenes y nobles indias con las atenciones debidas á su clase y á su sexo; pero manifestó al cacique, despues de darle las gracias por su prueba de singular aprecio, que no era lícito á los cristianos tener amoroso comercio con mujeres que profesaban distinta religion. Presentada así la ocasion de dar á conocer las sanas máximas del cristianismo, se esforzó Cortés en separar al cacique de las horribles abominaciones de la idolatría, pintándole los sacrificios humanos como los actos mas opuestos á los sentimientos de fraternidad que deben concurrir en los millones de seres que forman la familia humana. Pero la prédica produjo muy poco efecto en el ánimo del señor de Cempoala. No es fácil renunciar de un golpe á las creencias que se han alimentado toda la vida, y el gobernante cempoalteca se retiró manifestando que no le era posible abandonar á los dioses que hasta entonces le habian colmado de ventura. Lejos de manifestarse inclinado á separarse del culto consagrado á las sangrientas divinidades, sacrificaban diariamente en sus altares, á la vista de los españoles, «tres, cuatro y cinco indios—dice Bernal Diaz—cuyos corazones ofrecian á sus ídolos y la sangre la pegaban por las paredes.»

Cortés creyó que se hallaba en el sagrado deber de impedir que se continuase vertiendo sangre humana, y llamó al cacique y á los principales sacerdotes de las falsas divinidades para separarles del error. Valiéndose